

---

# Foucault en California

## MICHEL FOUCAULT

---

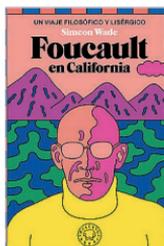
Nacido en 1926, fue un filósofo, historiador, sociólogo y psicólogo francés, cuyo trabajo crítico sobre las instituciones sociales, la sexualidad y el poder ha sido muy influyente y controvertido desde la segunda mitad del siglo XX y hasta la actualidad. Murió en 1984.

---



### Avance

A veces los libros son la historia que hay detrás de los mismos. Este es uno de esos casos. *Foucault en California*, de Simeon Wade, recupera el empeño de una estudiante de Letras, Heather Dundas, por buscar un manuscrito que pudiera servir a sus intereses de ridiculizar a Michel Foucault, a quien odiaba. Persiguiendo ese objetivo, lo que encontró fue una gran historia y a un viejo ermitaño



**Simeon Wade**

*Foucault en California*

Blackie Books,  
2023

y desdentado, que se convirtió en un amigo entrañable. Era Simeon Wade y, de joven, había sido un exaltado fan de Michel Foucault hasta el punto de que, al enterarse de que el filósofo francés iba a pasar una temporada en Berkeley, hizo todo lo que pudo para atraerlo y conseguir que visitara Claremont. ¿Qué se le ocurrió? Montarle una aventura lisérgica en pleno Valle de la Muerte evocando a Artaud y su experiencia con el peyote de los tarahumaras, «suspendido entre las formas, esperando tan solo el viento». A la primera, el francés no contestó, pero ante la perseverancia de Wade (y de su novio) acabó aceptando: «Hay que reconocerle al francés —señala Maite Rico en su reseña— una apertura de miras y una audacia estimables, por aceptar la invitación de un par de pirados que no conoce, y que unos días después lo están recogiendo en el aeropuerto de Los Ángeles». Y así es como en Zabriskie Point, con Strauss y Stockhausen sonando de fondo, previa ingesta de LSD, Foucault dice: «El cielo ha estallado y llueven estrellas sobre mí. Sé que esto no es cierto pero es la Verdad».

Además del viaje metafórico, los anfitriones le tenían preparado a Foucault un viaje literal por Bear Canyon, donde varios amigos vivían en cabañas, en una especie de comuna taoísta. «Una arcadia sin mujeres que Foucault disfrutó particularmente, como si fuera un maestro peripatético, abrumado por la devoción de aquellos muchachos atractivos que le preguntan y le piden consejos». Ante aquella devoción, él exclamaba: «¡Solo soy un hombre normal y corriente!».

En las páginas del libro se suceden los nombres, las opiniones, las confidencias... Por allí desfilan Jean Genet, el escurridizo, que siempre se aloja cerca de alguna estación y con las maletas hechas para sentir que puede marcharse rápido; Sartre, cuya *Crítica de la razón dialéctica* ha abandonado a la primera de cambio; su admirado Merleau-Ponty, «mucho más influyente» para su generación, y que «ayudó a aflojar el dominio del marxismo estalinista». También Gramsci, que «legitimó el desacuerdo en el PC. Trajo la disidencia». Sartre, de nuevo, que no fue más allá de Marx y cuyas «naciones sobre la historia eran insignificantes». Entre confesión y confesión, aparece un Foucault individualista, librepensador y refractario al dogmatismo, que sorprende en la distancia corta. No se sabe cómo Simeon registró los datos de aquellas sesiones, pero sí que se grabó la sesión que Foucault tuvo con los alumnos. Allí se presentó no como filósofo, sino como periodista. «Me interesa el presente, me sirvo de la historia para comprender lo que nos está sucediendo ahora». Y definió la tarea del intelectual: elaborar herramientas o técnicas de análisis para comprender los modos en que se manifiesta el poder. «No creo que exista una filosofía conservadora y una filosofía revolucionaria. La revolución es un proceso político, no es una ideología filosófica».

Como señala la autora de la reseña, las reflexiones de Foucault en el libro enlazan inevitablemente con el presente. «Resulta imposible no pensar en la religión *woke* que tiene al filósofo en el santoral. Algo que, según Bernard-Henri Lévy, es fruto de la ignorancia, ya que “si alguna convicción tenía Foucault sobre el sujeto es

que la identidad no solo era una mentira, sino también una prisión”».

Pero volvamos a Heather Dundas, la estudiante airada que había buscado al viejo Simeon Wade con la intención de hacerse con un manuscrito, si es que lo había, de todo aquello y esgrimirlo en contra de Foucault. Sí lo había, sí, y lo consiguió al año de frecuentar a su autor, cuando entre ambos había surgido una singular amistad. Así es como ella pudo conocer de primera mano los pormenores increíbles de aquella otra amistad entre Wade y Foucault y ver fotos y otros documentos. Las cartas que se intercambiaron las leyó después de la muerte de Wade, cuando el hermano de este las encontró en un trastero. Dundas se convirtió entonces en la albacea de Wade, depositando su archivo en la Universidad del Sur de California e impulsando la publicación del libro que no pudo ver la luz en su día, que luego se convirtió en mito y ahora presenta Blackie Books en español en una preciosa edición. 

Foto: Ilustración de la cubierta del libro realizada por Gabriel Alcalá

*Leer aquí el  
artículo completo  
de Maite Rico*

